

EL HOGAR TEMPORAL DE MARCELO

Relato de EBG En inauguración del puente El Guasaule 20 de agosto 2002

Hace cuatro años, Marcelo, un pequeño niño de once años llegó a su casa, el puente “*Juan Ramón Molina*”, junto a una alcantarilla en el Río Choluteca, a pocos kilómetros de aquí, en territorio hondureño.

Marcelo, bien podría haber sido un niño nicaragüense bajo este otro puente *El Guasaule*. Él había trabajado todo el día para ayudar a su madre y a sus hermanos; se recostó en la suave arena y se durmió. Cerca de las dos de la mañana tuvo una pesadilla: se estaba ahogando en el río. Pero no lograba despertarse, hasta que comprendió que no estaba soñando, que era real lo que estaba viviendo y se estaba ahogando.

Como pudo, trato de agarrase de lo que encontró. Buscó un terreno más alto. El río creció cerca de 10 metros durante 36 horas continuas de lluvia ocasionadas por el huracán Mitch.

Tanto Honduras como Nicaragua tenían – y tienen– mucho en común y sufrieron juntos ese embate de la naturaleza. Esa noche, el 31 de octubre de 1998, llovió en nuestros países todo lo que llueve en un año. Honduras y Nicaragua, assolados por la pobreza, el analfabetismo, las enfermedades y los efectos de dictaduras y guerras sin sentido. Éramos noticia nuevamente en el mundo.

En 24 horas, el “hogar temporal” de Marcelo, el puente, fue arrastrado por una incontenible corriente. Los escombros de los ranchos y humildes viviendas de los pobladores ribereños, se acumularon junto a los cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Bajo el sonido mudo de cientos de relámpagos, el puente colapsó como un castillo de naipes, tal como también lo hizo en gran parte este puente *El Guasaule* cuya reconstrucción estamos inaugurando hoy.

Poco tiempo después, gracias a la solidaridad internacional, lo que había sido el puente “*Juan Ramón Molina*” fue reemplazado provisionalmente por un Puente Bailey, así como también fue reemplazado *El Guasaule*.

Marcelo no cambió mucho. Todavía duerme bajo el puente, como lo hacen muchos niños y niñas de la calle quienes trabajan en lo que pueden. Muchos de sus padres murieron. Marcelo tiene ahora 15 años y tampoco va a la escuela. Todos recordamos la tragedia del Huracán Mitch, pero no recordamos las tragedias individuales, la tragedia de Marcelo, por ejemplo. Nos hemos olvidado de Marcelo y de los miles de Marcelos y Marcelas que todavía viven, sueñan y languidecen, huérfanos y casi sin esperanzas.

Todos ellos necesitan más que un puente Bailey u otro nuevo puente sólido. Todos ellos necesitan más que ayuda; necesitan, una oportunidad para ser útiles a la sociedad, tanto en Honduras como en Nicaragua. Necesitan la oportunidad de llegar a realizar sus sueños de querer vivir con dignidad.